

MANUEL OSORIO Y BERNARD

Dice un docto escritor, refiriéndose á Osorio y Bernard : « Al sacar á plaza las locuras y flaquezas de varia calidad, no le gusta ensañarse con sus víctimas, ni tocar con el dedo en la llaga, sino divertir al lector con agudezas de buen tono. Si es ameno en sus pinturas de costumbres madrileñas, no decae tampoco en sus aficiones á la parodia de los descubrimientos novísimos, ensayada por él con bastante resultado sobre asuntos como *El alma visible, Revolución alimenticia y Telefonía y fotografía.* »

LA LEYENDA DEL MILLÓN

I.

Después de cobrar los treinta duros de su paga, dozava parte, según el gobierno, de un sueldo de dos mil pesetas anuales, Simeón se encontró gratamente sorprendido cuando escuchó que le decía el habilitado :

— Este año « hay pavo » para algunos, y usted ha sido del número de los agraciados. Tome usted estas cincuenta pesetas y no se lo diga á sus compañeros para no despertar envidias.

El inocente Simeón ignoraba que igual recomendación y en terminos análogos se había hecho á todos los demás empleados de su oficina, y guardándose el billete de cincuenta pesetas salió del ministerio ufano y radiante como nunca. El año no podía acabar mejor para él : cobraba su paga con doce días de anticipación y con un aumento considerable, del cual no debía dar conocimiento á nadie, ni aun á su esposa Rita ni aun á su hija María de la O, únicas personas

que le acompañaban en las privaciones de su modestísimo hogar, ya que no en las alegrías, desconocidas para él.

Pero Simeón era honrado, y viéndose poseedor de aquella suma inesperada, acudió á su memoria, y ésta le recordó algunos sucesos relacionados con su eterna falta de metálico. Dos meses hacía que estaba debiendo en el café Oriental catorce ó quince tazas, á su amigo Isidoro le adeudaba desde años antes treinta reales, y al sereno de su calle una peseta. Lo directo é inmediato era salir de semejantes deudas y con lo que aún sobraba comprarse unos guantes negros para cuando tuviera que asistir á algún funeral y comerse tres ó cuatro chuletas en el café que le compensaran las deficiencias del cocido doméstico. Pero estaba escrito que Simeón no había de realizar tan levantados propósitos; desde el momento mismo en que salió del ministerio, una voz chillona se había obstinado en repetir á su oído.

— ¡ Hoy es último día de billetes ! ¡ El premio de los diez millones !

Simeón no era jugador de lotería; pero aquella voz insistente y agria le había hecho concebir y acariciar una idea temeraria. Rita — decía para su raído capote — ne sabe que soy poseedor de diez duros: si jugándolos á la lotería los viera convertidos en un millón de reales, podría comerme, no tres ó cuatro chuletas, sino veinte ó treinta *beafsteaks* cada día, comprarme un gabán forrado de pieles por dentro y por fuera, un mantón de lana á Rita y dos toquillas de pelo de cabra á María de la O. Pero ¿ y

si en lugar de tantas venturas me quedo sin las cincuenta pesetas ?

Aquí volvía á escuchar el grito de la vendedora, repitiendo :

— ¡ El premio de los diez millones !

Simeón se hubiera, no obstante, defendido mucho más; pero cuando pensaba consultar dudas con la almohada, la misma voz estridente y chillona, sonando entonces á su lado, decía :

— ¡ Hoy es último día de billetes !

Ya entonces no vaciló; paróse junto á la vendedora, la propuso la cesión del décimo, siempre que se contentara con una propina de cuarenta céntimos, única suma que había logrado ir ahorrando para pago de sus acreedores, y una vez aceptada la proposición, cogió en sus manos el billete y pudo ver impresa en relieve la cifra de 2025. Dos mil era su sueldo: veinticinco los años que contaba de servicios sumados los números 2, 2 y 5 le daban 9, que era el número de la casa que habitaba en la calle del Bonetillo. En todo aquello había indudablemente algo más que la casualidad. Simeón llegó á su casa y ocultó el secreto de su calaverada; pero, cogiendo una pluma, se puso á consignar en el papel unas apuntaciones curiosas en extremo.

Por un gabán de pieles.....	1,500 reales.
Un mantón de lana.....	200
Dos toquillas de pelo de cabra....	400
Cuarenta y cinco <i>beafsteaks</i> , á 5 reales uno.....	225

Sumó con indiferencia aquellos guarismos

tuvo como resultado 2.025. ¡Siempre el número cabalístico de su billete!

Rompió el papel, metióse en el lecho y procuró dormir: pero en vano. Entre las sombras veía dibujarse en cifras de fuego el número de su billete y creía escuchar la voz de la vendedora, repitiéndole.

— ¡El premio de los diez millones!

Al amanecer le rindió el sueño; á las once del día se levantó, y acudiendo al bolsillo de su chaleco no encontró el décimo: verdad es que el bolsillo estaba roto la noche anterior, y que la hacendosa Rita lo había cosido antes de que él se lavantase: pero entre los forros observó la presencia de un papel. Allí indudablemente estaba su fortuna. Para cerciorarse, descosió el bolsillo y extrajo al prisionero. Rita no había visto nada.

II.

En la mañana de aquel día, se verificó la extracción lotérica y por la noche se sabía ya en todo Madrid cómo se habían repartido las nueve décimas partes del billete premiado: cinco en la tertulia de un banquero, tres á un político eminente y una distribuída entre doscientas familias pobres que jugaban un real cada una. Sólo era desconocida la persona afortunada que poseía el décimo restante.

Simeón, á pesar de la certeza que le habían proporcionado sus cálculas, no pudo ver el número en la lista grande sin sufrir un vahido que le hizo caer

en tierra. Algunas personas caritativas le entraron en el café Oriental para que le dieran una taza de te; pero el camarero á quien hablaron no consintió en ello, porque aquel hombre era un tramposo que le debía quince *cafeses*. Cuando Simeón volvió en su acuerdo y se vió rodeado de tantas personas y pudo observar el sitio en que se hallaba, echó á correr como si algún peligro grave le amenazase, aunque dando las gracias á sus favorecedores. Guardóse mucho de decir una sola palabra de su fortuna, pues creía, y no sin fundamento, que el cambio de su posición podía acarrearle contratiempos y disgustos que sólo una reserva absoluta podría evitar.

— Soy millonario — se decía, — pero quiero serlo yo solo. Ni mi mujer ni mi hija lo deben saber, al menos por ahora. Seguiré asistiendo á la oficina como si tal cosa; renunciaré á comprarme el gabán de pieles, que es muy llamativo, y más adelante cobraré el premio.

Pero el buen Simeón no podía pasar por junto al café Oriental sin que el mozo le calificase de tramposo, el sereno se había negado á abrirle la puerta de su casa mientras no le pagara la peseta, y su amigo Isidoro le había escrito una carta muy apremiante amenazándole con abofetearle si no le devolvía los treinta reales que era en deberle. Por otra parte el cocido doméstico tenía menos sustancia cada día, y cada día también eran más incitantes las chuletas y los *beafsteaks* del café. Todas estas consideraciones le movieron á pensar en cobrar el millón cuanto antes; pero, á fin de que su nombre no se supiera,

compró la discreción del lotero, buscó un cómplice como si tratara de cometer una mala acción. Inmediatamente colocó en cuenta corriente en el Banco los cincuenta mil duros, sin otra eliminación que los cincuenta que regaló al lotero por su silencio y los ciento que consagró á comprar el abrigo de su esposa, las toquillas de su hija y su gabán de pieles.

Pero estas larguezas en quien no las acostumbraba á tener, infundieron graves sospechas. En vano fué que Simeón jurara que aquel gabán y que aquellos abrigos se los había regalado un amigo que acababa de heredar á un tío indiano. Su mujer sospechó que algunos amores ilícitos le proporcionaban al pobre Simeón aquellas ventajas, y entre sus compañeros de oficina nació la desconfianza, dándose el caso de que su jefe le retirara el despacho de un expediente en que los interesados eran poco escrupulosos. Pagó al mozo del Oriental y éste le preguntó asombrado: ¿Le ha tocado la lotería? Pagó á su amigo Isidoro y éste le hizo la misma pregunta; pagó al sereno y tres cuartos de lo propio. Entre los vecinos de la calle cundió la voz de que D. Simeón iba todos los días al Banco; una vendedora de billetes de lotería le reconoció en la Puerta del Sol y le armó un escándalo por no haberla gratificado más que con cuarenta céntimos; su moralidad su puso en duda, y para colmo de males, recibió la noticia de su cesantía.

— Un hombre que tiene 2,000 pesetas de sueldo y familia, y que almuerza todos los días cuatro ó cinco chuletas en un café, no puede menos de ser un bribón.

Estas habían sido, según fama, las frases con que el director de su oficina se había presentado al ministro, pidiéndole el relevo de Siméon.

— ¡Pues bien! — exclamó éste en un arranque de esos que deben tener cuantos posean cincuenta mil duros... — Pues bien, soy rico, soy millonario. Mañana me mudaré de la calle del Bonetillo á la de Alcalá, tendré coche, daré fiestas, usaré dos ó tres gabanes de pieles, unos encima de otros... Dejaré cesante al sereno, haré que despidan al mozo del café Oriental y mandaré á un presidio á Isidoro y á ia vendedora de billetes. Y si esto no le basta al mundo todavía, me relacionaré con las horizontales á la moda, correré caballos en el Hipódromo y haré que me elijan concejal.

III.

Efectivamente, Simeón y su familia se mudaron de casa. Rita y María de la O le perdonaron fácilmente el misterio que había observado hasta con ellas pero con la condición de que el capital puesto en el Banco se convirtiera en papel del Estado, que guardaría la esposa.

— De este modo — dijeron — la renta nos bastará para vivir.

Pero el capital tuvo terrible merma con la mudanza de habitación y de costumbres, y la renta no bastaba para empezar. Fué preciso ir vendiendo papel para sostener el brillo de aquella posición improvi-

sada, y en tres ó cuatro grandes fiestas, dadas á los muchos amigos que se les agregaron al conocer su fortuna, el millón lotérico quedó tan desfigurado que nadie le hubiera reconocido.

Rita y María de la O tiraban el oro á manos llenas, confiadas en que un buen partido que tendría la niña lo remediaria todo; pero los partidos que se presentaban lo hacían con un interés contrario... el de pescar la dote de la niña.

La servidumbre de Simeón había encontrado también la lotería sin jugar á ella, en aquella casa donde el desorden imperaba en absoluto, y los ladrones se habían fijado más de una vez en el millonario, soñando en apoderarse de los restos de su fortuna, aunque para ello tuvieran que privarle previamente de la vida. Simeón el modestísimo Simeón, que había sido relativamente feliz en su pobreza, tuvo de rico cuidados y preocupaciones con que no hubiera soñado nunca; en cada amigo improvisado encontró un partícipe de su bienestar, en cada pobre un enemigo, en nadie el cariño á que aspiraba. El carruaje no se apartaba un momento de la puerta de la casa, y Rita y María de la O lo utilizaban á diario, paseando por el Retiro y la Castellana y concurriendo al teatro Real. En vano les advertía el acongojado Simeón que con aquellos gastos no podrían seguir más que tres ó cuatro años y que después les aguardaba la miseria: su voz no era escuchada, el agente de Bolsa menudeaba sus visitas para vender láminas tras láminas, la renta iba siendo tan exigua, que apenas equivalía al sueldo del destino que perdió el millonario, y el

porvenir iba presentándose pavoroso y amenazador.

Rita no quiso, sin duda, volver á los tiempos en que un mantón de ocho puntas era su bello ideal, y una noche de baile cogió una pulmonía que, con ayuda de un acreditado médico, la llevó al otro mundo.

María de la O, poseída de dolor, y sin saber lo que hacía, huyó de la casa paterna en la amable compañía del agente de Bolsa, llevándose para los gastos de la expedición el resto de la fortuna de su padre. Simeón volvió, pues, á encontrarse tan pobre como lo había sido antes y más solo que nunca. Despidió á los criados, vendió los muebles de lujo de su casa rica y pasó algún tiempo con el producto de los mismos y la esperanza de que le concedieran algún destino; pero todos cuantos le ayudaron á gastarse su fortuna, le abandonaron al verle pobre; los amigos de la juventud, á quienes él había despreciado en su encumbramiento, se encogieron de hombros cuando les contó sus cuitas, y el pobre Simeón, abandonado por todos, tuvo que pensar en algo práctico, bien fuese ganarse la vida, bien buscar la muerte.

En este dilema triunfó al cabo su honradez, y con las últimas pesetas que le quedaban compró algunos décimos de la lotería... para vivir de su reventa por las calles. El día en que obtiene cinco ó seis reales de propinas, Simeón se conceptúa feliz. La fortuna pudo cegarle, pero las enseñanzas de la pobreza le han hecho filósofo.

Lo único de que no se consuélase de haber tenido que dejar perder en una casa de préstamos su famoso gabán de pieles,

EL VOTO

POR

EMILIA PARDO BAZÁN

AUT. CAST.

13